

Cuando la noche se tiñó de rojo, la derrota ya era irremediable. Las corazas de grueso algodón, las largas flechas, las lanzas con puntas de obsidiana, las mazas de durísima madera, los cuchillos de pedernal y los escudos adornados con los símbolos de los dioses, ya nada podían en contra de los traidores. Ellos, junto con los bárbaros, los hñahñus y los hombres que llegaron desde las ciudades enemigas, estaban dispuestos a todo con tal de arrasar la urbe que durante muchísimas vueltas de las ruedas del tiempo se soñó como el centro del universo. Los enemigos avanzaban. La mayoría tenía el cuerpo manchado de sangre y sus dedos pegajosos a veces se resbalaban de sus armas. A esas alturas de la noche, los bárbaros ya les habían arrancado el cuero cabelludo a los guerreros caídos, las largas melenas colgaban de su cintura para mostrar su fiereza; otros les cortaron las manos a los muertos para amarrarlas a sus estandartes.

De muy poco sirvió que los guerreros vestidos con pieles de jaguar y penachos de faisán y quetzal intentaran

derrotarlos en la última batalla: la guerra había sido larga, muy larga, y, en aquellos momentos, la Ciudad de los Dioses ardía sin que nada ni nadie pudiera contener las llamas que se iniciaron tras el saqueo de los barrios más alejados. El gran viento que acompañaba a los atacantes les dio alas a las ramas encendidas y el fuego se adueñó de los techos.

Los labradores de obsidiana, los hacedores de figuras de barro, los que tejían fibras de algodón y maguey, los que tallaban las piedras que tenían el color del paraíso, los que vendían en el tianguis y los que sembraban los campos y las tierras que les habían ganado a los ríos, abandonaban la ciudad deseando no encontrarse con los enemigos. Su existencia dependía de que llegaran al campo, de que se internaran en los montes y pudieran ocultar lo que eran. Tenían que huir y llegar a los lugares donde nadie los conociera, a los pueblos donde el nombre de su ciudad no despertara odios ni envidias. Sin embargo, una mala vuelta en cualquier esquina podía marcar la diferencia entre la vida y la muerte. Los poderosos, con ganas de no perderlo todo —o quizá como la última muestra de su avaricia—, cargaban sus posesiones más valiosas: atados de plumas, sacos llenos de piedras verdes, voluminosos trozos de obsidiana, grandes penachos, mantas finísimas y algunos muebles de laboriosa carpintería. Los macehuales, en cambio, sólo trataban de escapar con el poco maíz que aguantaban sus espaldas.

Nadie sabe cuántos lograron huir, nadie sabe cuál fue su destino, aunque por varias semanas los zopilotes trazaron círculos sobre los caminos.



Ce Ácatl, acompañado por unos cuantos guerreros, estaba en la azotea del palacio de su padre. Los ojos le ardían por el humo; los gritos de dolor y furia le machacaban los oídos a pesar de la lejanía del combate. La ciudad olía a muerte, a carne chamuscada y paja quemada. Quería volver a la batalla, pero no podía desobedecer las órdenes de los sacerdotes. Ce Ácatl no tenía más remedio que quedarse ahí, parado, esperando a que ellos decidieran su destino. Durante unos momentos cerró los ojos con la esperanza de que las imágenes del desastre desaparecieran de una vez y para siempre. Mas, al abrir los párpados, supo que sus deseos nunca se cumplirían: en la calle, a poco más de cincuenta pasos del palacio, estaban los cuerpos de algunos de sus soldados. La sangre derramada era un oscuro espejo que sólo reflejaba las llamas. A costa de sus vidas, aquellos hombres obligaron a los enemigos a retirarse. Sin embargo, antes de que la luna terminara de recorrer el cielo, los adversarios volverían para apoderarse del corazón de la ciudad.

La imagen de la muerte no asustaba a Ce Ácatl. Desde muy niño, había visto cómo los hombres entregaban sus corazones y ofrecían su sangre para alimentar a los

dioses, que siempre estaban hambrientos; muchas veces había observado cómo el cuchillo de obsidiana se adentraba en la carne de los cautivos y los elegidos que eran devorados o enterrados en los lugares donde se levantarían los templos. No, la muerte no lo asustaba: la posibilidad de entregar la vida como guerrero le permitiría acompañar al Sol y combatir a su lado para derrotar a las tinieblas de la noche. Morir con un arma en la mano era digno, sufrir el dolor de saberse vivo era un asunto de todos los días. La muerte tal vez le permitiría volver a encontrarse con Citlalcoatl, el viejo sacerdote que una noche lo bendijo con su sangre y había muerto asesinado el primer día de la guerra. Su miedo era espeso y hundía sus raíces en la negrura para transformarse en algo que aún no podía precisar.

Nadie hablaba a su alrededor, ninguno de los hombres se movía. Sólo las plumas de sus penachos se mecían a causa del viento que a ratos silbaba para anunciar el avance del fuego. Tenían que esperar a que otro tomara la decisión definitiva: volver a pelear o retirarse con la vergüenza a cuestas. Ni siquiera tenían derecho a preguntarse por los suyos: el padre de Ce Ácatl, las mujeres y los hijos de los guerreros no debían enturbiar la espera ni las órdenes de los hombres que servían a los señores del universo.

Así permanecieron un largo rato hasta que llegó uno de los pocos sacerdotes que aún estaban en este mundo. Ce Ácatl lo miró esperando encontrarse con la imagen de la derrota. Pero él caminaba con calma y mantenía la vista al frente; su cuerpo —cubierto con la vieja sangre de los sacrificados y vestido con una manta oscura— no había

perdido la soberbia. El hombre se detuvo junto a Ce Ácatl. No pronunció palabra y sólo le puso la mano en el hombro mientras contemplaba el incendio. Su rostro, como siempre, era inexpresivo. Las llamas que a ratos lo iluminaban, el tizne y el olor a carne quemada no cambiaron su gesto.

—¿Volvemos a la batalla? —preguntó Ce Ácatl.

—No, nuestro tiempo se ha terminado, el fuego regresó para obligarnos a recorrer los caminos —respondió el sacerdote.

En su voz no había dejo de amargura, tampoco tenía el sonido del odio o la rabia que inexorablemente se revelan en los gritos; se oía como siempre se había escuchado: opaca, dura, absolutamente imperativa.

Durante unos instantes, Ce Ácatl se esforzó para comprender sus palabras. ¿Por qué razón el sacerdote le negaba la posibilidad de volver a la batalla y le impedía morir como un guerrero? ¿Acaso no se había ganado su coraza y sus armas en el combate? ¿Por qué tenían que volver a los caminos? ¿Por qué debían convertirse en bárbaros, en hombres sin ciudad que sólo podrían robar para llevarse algo a la boca? La posibilidad de recordar lo que alguna vez aprendió frente a los largos libros pintados de Citlalcoatl no tenía sentido ante el fin de su mundo.

—¿Y los dioses? —preguntó con ganas de forzar un cambio en las órdenes.

El sacerdote no le respondió.

La certeza de la derrota lo obligó a pensar que los señores del cielo y el inframundo los habían abandonado a su suerte: el Sol, el Señor de la Lluvia y el Dios Viejo, que dominaba el fuego, les dieron la espalda en el preciso

instante en que los sacerdotes y los guerreros comenzaron a disputarse el dominio de la ciudad. Ellos se habían equivocado: los dos cuchillos, el de los dioses y el de la guerra, nunca debieron separarse.

Ce Ácatl le tendió la mano.

—Permíteme un último sacrificio —le dijo.

Su voz no era una súplica, era casi una orden que daba de manera educada. Ce Ácatl, el hijo de uno de los grandes señores de la Ciudad de los Dioses, era distinto de los otros jóvenes. Hasta esa noche sólo unos pocos sabían que él estaba dispuesto a convertirse en un sacerdote armado, en un guerrero capaz de hablar con los señores del universo. Los dos cuchillos estaban perfectamente entrelazados en su cuerpo.

La mano del hombre que servía a los dioses hurgó en el pequeño morral que colgaba de su hombro izquierdo.

—Escoge —le respondió a Ce Ácatl mientras le ofrecía una filosa navaja de obsidiana y una espina de maguey.

El joven tomó la púa y miró la gran construcción que marcaba el centro del universo: bajo ella estaba la cueva que conducía al inframundo y sobre ella corría el camino del Sol, que iluminaba sus escalinatas antes de ser devorado por la noche. Sacó la lengua y la apretó con el pulgar y el índice de su mano izquierda, poco a poco comenzó a traspasarla con la espina. Cerró los ojos y recordó la noche que Citlalcoatl le regaló una púa teñida con su sangre. No debía apresurar la herida, a los dioses les complacía el dolor de los hombres. El leve ruido de la carne rasgándose le avisó que se había atravesado la lengua. Esperó unos segundos a que la sangre cayera sobre la palma de su mano.

Poco a poco, el sacerdote le sacó la espina, ninguna gota podía perderse. Ésa sería la última comida que ellos ofrecerían a los señores del universo.

Con mucho cuidado, el sacerdote humedeció sus dedos con la sangre de Ce Ácatl y le trazó en el rostro los signos del Sol.

—Ya es tiempo —le dijo.

Ce Ácatl intentó decirle que aún podían volver a la batalla, pero la lengua adolorida lo obligó al silencio y la obediencia. Con una seña, el sacerdote ordenó a los soldados que los siguieran. Ce Ácatl sólo pudo caminar y desear que su sangre fuera bien recibida por los dioses.



Bajaron por las escaleras y recorrieron algunas habitaciones del palacio antes de llegar a su destino: un pequeño cuarto donde los esperaban los sirvientes, que aún permanecían en sus puestos. No eran los más jóvenes ni los más valientes: eran los viejos a quienes ya sólo les quedaba la posibilidad de aceptar su destino. Frente a ellos no estaban las riquezas de sus padres ni los libros pintados que contaban la historia de la Ciudad de los Dioses, tampoco se veían las armas que les permitirían volver a la batalla

final: sólo había unos cuantos vestidos tejidos con fibras de maguey y un par de toscos huaraches de ixtle.

—Cámbiate —le ordenó el sacerdote.

Los guerreros salieron de la habitación. A pesar de la cercanía de los enemigos, no podían mirar cómo el joven noble se desnudaba.

Ce Ácatl comenzó a despojarse de sus ropas para entregárselas a los ancianos. El frío le erizó los vellos de la nuca y su carne tomó la apariencia del cuero de guajolote. Antes de dárselas, las acarició con la certeza de que ya nunca sería el que había sido: los hilos de algodón entretejidos con suaves pelos de conejo, las calzas adornadas, el penacho de plumas coloradas, los collares de cuentas verdes, al igual que la nariguera y las orejeras, ya no formaban parte de su existencia: para salvar la vida, tenía que vestirse como los más pobres, como los hñahñus y los macehuales, que no le importaban a nadie. Sólo así podría escapar de los enemigos.

Mientras se ajustaba la ropa, sintió la aspereza del tejido. No podía quejarse: ya no era el hijo de los nobles. Seguramente ellos ya acompañaban al Sol en su viaje a través de las tinieblas. Su padre no había regresado al palacio desde que salió en busca del gran sacerdote para impedir que entregara la ciudad a los enemigos, y lo mismo ocurrió con aquellos que se atrevieron a acompañarlo.

Estaba listo para la huida. Pero, antes de seguir los pasos del sacerdote, volvió a tomar uno de sus collares. Era el más sencillo: sólo tenía una cuenta de chalchihuite y su hilo estaba muy gastado. Sin embargo, entre las fibras de algodón se había conservado un viejo aroma: el hilo olía



a él y a su pasado, al tiempo que se había deslavado de su memoria.

—Déjalo —le ordenó el sacerdote.

Ce Ácatl fingió que no lo escuchaba: no podía darse el lujo de abandonar esa cuenta, era el talismán que le había salvado la vida.

—Si te encuentran con él sabrán que no eres un ma-cehual; ningún muerto de hambre puede tener un collar como ése.

El joven obedeció, aunque al cabo de un instante terminó por ignorar la orden.

—Mírame —le dijo al sacerdote a pesar del dolor en la lengua—. Si me atrapan, el disfraz no servirá de nada. Mírame, por favor, mírame...

Ce Ácatl tenía razón, su cara estaba marcada con los signos de la nobleza: sus lóbulos estaban perforados, sus dientes se los habían limado para hacerlos idénticos a los de los jaguares, la oquedad en su nariz y su amplia frente que fue cuidadosamente moldeada desde el día que nació, denotaban que él no era un cualquiera. Aunque se cubriera el rostro, los brazos y las piernas con lodo, Ce Ácatl seguiría mostrando su linaje.

—Está bien, vamos.

A grandes pasos salieron de la habitación, y los guerreros se les sumaron mientras se acercaban a la puerta del palacio. Ellos también se habían despojado de sus galas, únicamente conservaban sus armas. Conforme avanzaban, el sonido de sus pisadas comenzó a ser ahogado por el ruido del fuego y la batalla. Afuera sólo estaban la muerte y la deshonra.

Ce Ácatl, por fin, pudo darle forma a su miedo: no quería una existencia manchada por la vergüenza de no presentar combate y, por vez primera, le tuvo miedo a la vida.

—No quiero huir —le dijo al sacerdote.

Los guerreros lo miraron satisfechos: ellos tampoco querían escapar de la lucha.

—Tienes que irte, tienes que vivir.

—No, no quiero, tú sabes que la muerte puede ser buena.

—Lo sé, pero eso ya no importa...

Ce Ácatl estaba tentado a darle la espalda al sacerdote para tomar las armas que lo salvarían de la vergüenza y la deshonra. No alcanzó a hacerlo, la voz del hombre cubierto con sangre seca lo obligó a quedarse quieto.

—Si mueres, nuestra historia desaparecerá cuando se apague el incendio y la ciudad sea destruida... Tú eres nuestra memoria.

—Y tú, ¿por qué no la conservas?

—No puedo hacerlo, dudé de los dioses, y ahora ya sólo puedo esperar la muerte. Vete, sálvate, yo me quedaré aquí, sentado, esperando a que nuestros enemigos entren y hagan lo que tienen que hacer.

Ce Ácatl no pudo desenlazar los dos puñales. El guerrero y el sacerdote aceptaron su destino: vivir la deshonra con tal de conservar la memoria. Nunca antes las primeras palabras de su padre fueron tan dolorosas y marcaron con tanta precisión su destino: “sobreviviste, ahora no tienes más remedio que vivir”.

—Vámonos —les ordenó a los guerreros.



Ce Ácatl y sus soldados tenían que dar más de diez mil pasos para salir de la ciudad y escapar de los enemigos. Sólo cuando llegaran al campo estarían en condiciones de decidir su destino: ir a un pueblo lejano donde nadie los reconociera, buscar a los suyos, reunir a los sobrevivientes para intentar una nueva batalla, avanzar hacia la nada hasta encontrar un lugar donde fundar un caserío. Pero no podían correr, tenían que avanzar con la cautela de las serpientes, debían mirar con los ojos de los tecolotes y tener las garras listas como los jaguares: un solo descuido los entregaría a las lanzas de los hombres que destruían la Ciudad de los Dioses.

Avanzaban ocultándose entre las sombras que les ofrecían las largas paredes de las casas donde vivieron muchas familias: los guerreros tenían las armas listas para proteger a Ce Ácatl. Las órdenes del sacerdote no podían desobedecerse: sus vidas no tenían valor, la única que importaba era la de su protegido.

Ce Ácatl mantenía el paso sin problemas, las duras fibras de sus huaraches aún no le llagaban los pies, acostumbrados al más suave de los calzados. Avanzaba en silencio, su respiración era acompasada. A cada momento

miraba a su alrededor para llenarse los ojos con las imágenes del mundo que pronto sería devorado por el fuego y la muerte.

No debía olvidar nada, tenía que recordar la historia.